

**EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO
A LA LUZ DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *VERBUM DOMINI***

DUVIER CORTÉS CHAVES

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO – PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C.**

2012

**EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO A LA LUZ DE LA
EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *VERBUM DOMINI***

DUVIER CORTÉS CHAVES

**Trabajo de grado para optar por el título de licenciatura en Teología
con énfasis en Pastoral**

**Director de Tesis
ALBERTO RAMIREZ
Doctor en Teología**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO – PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
LICENCIATURA CANÓNICA EN TEOLOGÍA CON ÉNFASIS EN PASTORAL
BOGOTÁ, D.C.**

2012

RESUMEN:

Con este artículo se busca mostrar la fundamentación cristológica de la vida cristiana a partir del encuentro con Jesucristo, pues esto es lo que constituye su característica esencial, ya que, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”, como dice el Papa Benedicto XVI (*Deus Caritas est*, 1).

En un primer momento se describirán algunos fundamentos antropológicos que nos permiten comprender la categoría del “encuentro” como categoría que sirve para expresar que Jesucristo es el mediador entre el hombre y Dios (VD, 14). De la misma manera, la categoría del “diálogo” por medio de la cual se expresa la manera como Dios se da a conocer al hombre en las religiones proféticas y la manera como el hombre responde en ellas a la interpelación de Dios.

En relación con lo anterior, se mostrará la importancia del tema de la Palabra que permite en nuestra religión expresar la experiencia que se vive en ella, precisamente como encuentro entre Dios y el hombre. La humanidad conoce la voluntad del Padre en el encuentro con Jesús que revela todas “las cosas del Padre” (VD, 12b) y su designio salvífico.

Se busca en último término con esta reflexión, mostrar a Jesucristo como la palabra liberadora que salva en el encuentro. Cristo en el misterio pascual, en la victoria sobre la muerte, comunica todo el designio salvífico del Padre.

PALABRAS CLAVE: Encuentro, Jesucristo, vida cristiana, encarnación, revelación, liberación, Verbum Dómini

Abstract:

This article is intended to show the Christological contributions of the encounter with Jesus Christ that is an essential feature of Christian life as "not being Christian is an ethical choice or a lofty idea, but the encounter with an event, a person, which gives a new horizon to life and thus a decisive direction "(Benedict XVI, *Deus est Caritas*, 1).

At first this describes some anthropological foundations that allow us to understand that meeting with Jesus Christ, the mediator between man and God, is the encounter with God (VD, 14). And the theme of the dialogue, as a possibility for God to make himself known to man, and this as a way to respond to God's initiative.

Then, Jesus Christ as the revealed word to man shown at this meeting. Humanity knows the will of the Father in the encounter with Jesus that reveals all "things of the Father" (VD, 12b) and his saving plan.

And finally emphasize the person of Christ as the liberating word that saves in the match. Christ in the paschal mystery, in the victory over death, finally connects all the Father's saving plan.

KEY WORDS: Meeting, Jesus Christ, Christian life, incarnation, revelation, deliverance, Verbum Domini

INTRODUCCIÓN:

El ideal de la vida cristiana se funda en el encuentro con una Persona, Jesucristo, que lleva a vivir de una manera diferente cada uno de los acontecimientos a los que se enfrenta el hombre en el hoy de cada día¹. De ahí, que la lectura de la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*² permite resaltar algunos aspectos del tema cristológico del encuentro, partiendo sobre todo de la afirmación del Papa Benedicto XVI, que ya ha utilizado en otros documentos, según la cual “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (VD, 11b).

Es éste, precisamente, el interés de este artículo en el que se quiere mostrar cómo la vida cristiana tiene como fuente y característica esencial el encuentro con Jesucristo, el cual en el acontecer actual de nuestra Iglesia, como en todos los tiempos, es fundamental. Si los cristianos, en su labor pastoral, en su participación en los sacramentos, en su integración con la sociedad, no logran encarnar y revelar en su vida todos aquellos misterios de la fe, que proclaman con su voz, su vida será una farsa. En efecto, “la vida cristiana se caracteriza esencialmente por el encuentro con Jesucristo que nos ha llamado a seguirlo” (VD, 72).

Dejarse llevar hacia la Persona de Jesucristo no es algo que se aprende como una fórmula matemática, o que se debe cumplir como una norma ética, o por el conocimiento de un cúmulo de doctrinas, sino que acontece en el dejar que este encuentro produzca “en el corazón de los creyentes una reacción de asombro ante una iniciativa que el hombre, con su propia capacidad racional y su imaginación, nunca habría podido inventar” (VD, 11b).

¹ Cfr. Al respecto las drásticas transformaciones sociales, económicas, que muestran cómo el hombre es explotado y hasta esclavizado, como se puede comprobar en el fenómeno de la globalización, pero también al considerar el abanico de posibilidades religiosas que “venden” una cierta idea de Dios y muestran la ruptura que se ha venido dando entre fe y cultura, que ya Pablo VI lo había anunciado en la *Evangelii Nuntiandi*.

² Exhortación que se publicó fruto del trabajo realizado en la XII Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que se celebró del 5 al 26 de octubre de 2008 en el Vaticano, y que Benedicto XVI recopiló y anunció al pueblo de Dios el 30 de septiembre de 2010.

Se trata, por otra parte, de un tema de gran actualidad que nos ayuda a comprender cómo la vida del cristiano está anclada en la vida de Jesucristo y de sus grandes misterios. Y cómo, a la luz de la resurrección, se inicia un camino de seguimiento y de misión auténticamente cristiano, que lo llevará al encuentro definitivo con el Señor.

El cristiano ante Dios: Palabra, encuentro y diálogo

El hombre de hoy como el de todos los tiempos, busca de una u otra manera relacionarse con Dios, es decir, tener un encuentro con su creador. De ahí que en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* (VD), el papa Benedicto XVI muestre cómo en la vida del hombre este encuentro es definitivo y hace parte de todo su ser y cómo en ella, en la Palabra hecha carne, Dios sale al encuentro del hombre y entra en diálogo con él para comprenderlo y dar respuesta a las cuestiones más profundas de su corazón (cf. VD, 23).

Dios en su Hijo, el “Logos hecho carne” (Jn 1, 14), manifiesta su Palabra al hombre para entrar en contacto con él. Este “logos indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial con él: la Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios” (VD, 7). De esta manera, la Palabra³ sale al encuentro del hombre, o con otras palabras, “en Jesús Dios viene a nuestro encuentro” (Ratzinger, 2007, 88) para construir una nueva relación de cercanía y de conocimiento del Reino de Dios.

En la sociedad, el hombre pasa por diferentes momentos de incertidumbre económica, laboral, humana, social, religiosa, etc. Y se hace necesario que descubra que en Jesús, Palabra hecha carne, encontrará la salida y solución para estos conflictos de su vida, en este Dios que se revela, no como si fuera un encuentro casual sino para dar respuesta a la

³ La Palabra es el Verbo Encarnado: es Dios quien se hace carne, esto es, se hace hombre. Cuando decimos que el Hijo de Dios se encarnó, queremos expresar que se hizo hombre, tomando un cuerpo y un alma como los nuestros.

sed del corazón de todos los hombres que buscan conocerlo. Así, lo expresa el Papa Benedicto XVI:

Importante es descubrir en la actualidad que sólo Dios responde a la sed que hay en el corazón de todo ser humano. En nuestra época se ha difundido lamentablemente, sobre todo en occidente, la idea de que Dios es extraño a la vida y a los problemas del hombre y, más aun, de que su presencia puede ser una amenaza para su autonomía. En realidad, toda la economía de la salvación nos muestra que Dios habla e interviene en la historia a favor del hombre y de su salvación integral (VD, 23).

Esto hará que el corazón del hombre se llene de alegría y comunique esta experiencia que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros (DV, 2). Igualmente, en esta relación de Dios con el hombre, tiene que haber correspondencia con lo que cada uno es y con lo que le corresponde a cada uno, ya que el encuentro es puro don de Dios (VD, 22), como lo han entendido los hombres de todas las épocas que han recibido y proclamado la absoluta gratuidad de Dios (González de Cardedal, 1998, 136). Don que se ve reflejado en la bondad y misericordia de Dios para con el hombre y que, a su vez, debe compartir con los demás:

Sabe que tiene necesidad de Dios y que ha de vivir de su bondad, la cual no puede alcanzar por sí solo ni darla por descontada. Sabe que necesita misericordia, y así aprenderá de la misericordia de Dios a ser él mismo misericordioso y, por tanto, semejante a Dios. Él vive gracias a la relación con Dios, de ser agraciado con el don de Dios; siempre necesitará el don de la bondad, del perdón, pero también aprenderá con ello a transmitirlo a los demás. (Ratzinger, 2007, 90).

En esta relación de amor y donación, el cristiano construye su vida de cara a Dios y a lo que él le ofrece. Él le da una nueva perspectiva para saber dirigir sus pasos. Como fruto de este encuentro “se produce en el corazón de los creyentes una relación de asombro

ante la iniciativa divina que el hombre, con su propia capacidad racional y su imaginación, nunca habría podido inventar” (VD 11b).

El papa Benedicto XVI, al afirmar que “cada hombre se presenta como el destinatario de la Palabra” (VD, 22), destaca la importancia de la relación de Dios con todo ser humano y, de nuevo, cómo “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (VD 11b), el pensamiento que el Papa no propone solamente en la encíclica *Deus caritas est*, 1 sino también en Aparecida, 12.

Este encuentro⁴ que está enmarcado en un ambiente de respeto, acogida y aceptación, lleva a que el cristiano busque en la oración esa forma perfecta de comunicación que le permite saciar su sed de Dios, no como fruto de una obligación, sino como lo hacía y lo sentía Jesús cada vez que se encontraba con el Padre:

Busca personalmente el encuentro íntimo y silencioso con su Padre. Esta experiencia, repetida y siempre nueva, no es una obligación añadida a su trabajo diario. Es el encuentro que anhela su corazón de Hijo, la fuente de la que necesita beber para alimentar su ser (Pagola, 2008, 313).

Es así como el hombre va despertando además en la Iglesia su sentido misionero como transmisor de esta experiencia de encuentro, de oración, pero que también la Iglesia está en el deber de acompañar, como se dice en Aparecida: “promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo” (Aparecida, 14). La historia y la sociedad de la época actual, necesitan del testimonio de hombres, discípulos,

⁴ Ya en otros momentos, algunos teólogos han hecho del “encuentro” la categoría clave de su reflexión teológica, por ejemplo los teólogos FRIES, H. (1987). *Teología Fundamental*. Barcelona: Herder; LATOURELLE, R. (1967). *Teología de la revelación*. Salamanca: Sígueme; GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. (1975). *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología*. Madrid: Sígueme.

que han dado sentido a su vida a partir del encuentro con Jesucristo, como se puede comprobar ya desde el ambiente del Nuevo Testamento: el encuentro con la samaritana (Jn 4, 5-42), con Zaqueo (Lc 19, 1-10), con los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35), con Pablo (Hch 9 3-30), entre otros muchos.

La invitación a transformar la vida, a darle un nuevo sentido, es algo que ha venido repitiendo Benedicto XVI a lo largo de su pontificado. Por eso, la VD a través de todo su discurso sobre la importancia de la Palabra en la vida del creyente, deja ver cómo la experiencia del *encuentro* es vital en la relación de Dios con el hombre, y de éste con los demás, hasta constituir una sinfonía⁵ de amor en la creación.

Algo que también acontece en el encuentro es que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros (VD, 6). El diálogo hace posible la revelación de los más grandes misterios de Dios, que no oculta nada, no se guarda nada, sino que todo lo da a conocer al hombre: el “Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a su comunicación y recibirlos en su compañía” (*Dei Verbum*, 2):

La Palabra es, en fin, vehículo privilegiado para el encuentro entre personas; puesto que la relación no es ya hacia un algo como sería el caso de los objetos, sino hacia un tú cuando se trata de personas. Hacia un tú que le interpela, buscando su reacción, ya que de otra manera no se cerraría el círculo de interpelación-respuesta, necesario para el establecimiento de un verdadero diálogo. (López, 2004, 67)

De esta manera, “el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con Él” (VD, 24), y cómo en ese coloquio se produce un movimiento hacia Él, que transforma la vida del hombre y lo lleva a experimentar una nueva forma de amor puro y cercano.

⁵ Benedicto XVI, no solo es teólogo, académico, escritor, Papa, sino que también es músico: aquí cabe por eso hablar de una sinfonía (VD, 13b).

Cristo palabra encarnada y revelada

La *Verbum Domini* centra la atención en la encarnación como expresión de la revelación que hace posible el encuentro entre Dios y el Hombre, entre el creador y su creatura, como donación del más puro amor que se puede dar y recibir. Es el mismo Espíritu de Dios el que se manifiesta, el que ha venido a lo largo de la historia del hombre dirigiendo sus pasos. “El mismo Espíritu que actúa en la encarnación del Verbo, en el seno de la Virgen María, es el mismo que guía a Jesús a lo largo de toda su misión y que será prometido a los discípulos” (VD, 15b).

El hombre está llamado a reconocer a Jesucristo en su vida como mediador y plenitud de toda la revelación (*Dei Verbum*, 2), que ha entrado en contacto con cada uno de nosotros por medio de un encuentro semejante al que tuvo con sus discípulos (Mt 11, 27; Jn 1,14 y 17; 14, 6; 2 Cor 3,16; 4, 6). La encarnación y la revelación son, cada una desde su punto de vista, aspectos fundamentales del encuentro del hombre con Dios.

Cristo Palabra encarnada que sale al encuentro del hombre

A partir de lo dicho, se puede constatar, desde la *Verbum Domini*, lo fundamental que es en la cristología el tema de la encarnación de Cristo, “Palabra eterna que se expresa desde la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo hombre... ‘nacido de una mujer’ (Gal 4, 4)” (VD, 11b). La encarnación no es sólo un gran acontecimiento que se dio en la historia sino la realidad en la que Dios se dio a conocer plenamente para darle vida al hombre:

Dios se hace «pan» para nosotros ante todo en la encarnación del Logos: la Palabra se hace carne. El Logos se hace uno de nosotros y entra así en nuestro ámbito, en aquello que nos resulta accesible. Pero por encima de la encarnación de la Palabra, es necesario todavía un paso más que Jesús menciona en las palabras

finales de su sermón: su carne es vida «para» el mundo (Ratzinger, 2007, 316).

Estas palabras de Ratzinger, dejan ver cómo la encarnación de la Palabra toca a todo el mundo y a toda la vida del hombre. Se trata de algo decisivo que transforma y penetra lo más profundo del corazón humano. Es, para el hombre cristiano, algo que invita a profundizar en su fe y en su experiencia de fe, como lo expresa Pagola (2008), ya que no solamente se trata de decir que “Jesús es la encarnación de Dios si luego no nos preocupa saber cómo era, qué vivía o cómo actuaba ese hombre en el que Dios se ha encarnado” (Pag 7). En realidad, Jesús no se expresa principalmente mediante discursos, conformados por conceptos y normas: “Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad” (VD, 11b).

Este acontecimiento que deslumbra al hombre y toca las fibras más íntimas de su corazón, le permite conocer, palpar a Dios en Jesús de Nazaret:

El Hijo mismo es la Palabra, el Logos; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la palabra esté a nuestro alcance. Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret (VD, 12).

El amor que brota del encuentro con Jesús de Nazaret, del verlo y sentirlo, lleva a que el creyente se sienta amado, y encuentre su puesto en la creación. Así lo percibe San Juan de la Cruz al mostrar que:

Es el amor o enamoramiento que Dios hace del alma, la gratuidad de su predilección, la transformación que tal amor lleva consigo y la recuperación de la creación entera cuando el Amado ha creado nuevos ojos al alma. Dios es el rostro amado en el que el alma contempla el mundo. La mirada del Amado imprime su gracia en los ojos del alma y, una vez agraciados, ésta descubre su

presencia en la creación y reconoce como suya la gracia derramada por los otros. (cfr. González de Cardenal, 1998,171).

Esta gracia especial de Dios para salir al encuentro del hombre, deja ver la gratuidad y la predilección que tiene hacia su creatura, la cual ama hasta el extremo (Jn, 13, 1). El amor misericordioso de Dios impregna a todo el hombre y hace que él pueda sentirse presente en toda la creación como amado de Dios. Ésta es una de las grandes experiencias que hoy permiten mostrar que el hombre puede tener acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10,10) (VD, 2).

Así, el papa Benedicto XVI nos dice:

Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Por eso, el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela al mismo Dios en el diálogo de amor de las Personas divinas y nos invita a participar en él. Así pues, creados a imagen y semejanza de Dios amor, sólo podemos comprendernos a nosotros mismos en la acogida del Verbo y en la docilidad a la obra del Espíritu Santo (VD, 6).

El querer de Dios es que todos los hombres lo conozcan y se salven, por eso sale y busca a todos, ya que “en el encuentro de fe con el inaudito realismo de su encarnación, hemos podido oír, ver con nuestros ojos, contemplar y palpar con nuestras manos la Palabra de vida (cf. 1 Jn 1,1), experimentamos que el propio Dios va tras la oveja perdida, la humanidad doliente y extraviada” (Aparecida, 242). Dios quiere atraer a todos hacia Él. La encarnación del Verbo se convierte así en punto fundamental en la relación del hombre con Dios. Se conocen tanto el Creador como la creatura, y estrechan una nueva relación de amistad y de amor.

Y brota del cristiano un nuevo compromiso ante la vida. Más aún, este encuentro con Jesús debe conducir al hombre a que en él mismo se encarnen todas las actitudes del Dios hecho hombre: bondad, misericordia, alegría, compasión, humildad, etc. Ya no será el hombre igual a lo que era, porque su fe lo guiará a una nueva realidad, de modo que se puede decir en relación con esto que “la fe cristiana no es una idea, sino vida; no es espíritu para sí, sino encarnación, espíritu en el cuerpo de la historia y en el nuestro. No se trata, por decirlo así, de una mística de la auto-identificación del espíritu con Dios, sino obediencia y servicio: superación del todo mediante lo que yo no puedo ni hacer ni pensar. (Ratzinger, 1971, 74). Y es así, como podríamos decir que, la encarnación del Verbo es punto fundamental en la relación del hombre con Dios.

Cristo Palabra revelada que se muestra al hombre en el encuentro

Son muchos los avances que se han dado en la Iglesia en el reconocimiento de Jesucristo como mediador y plenitud de toda la revelación (Heb 1, 1-2; Jn 1, 1-18; Jn 3, 34; Jn 5, 36; 17, 4), ya que:

Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los profetas. Últimamente, en estos días, nos habló por su hijo. Pues envió a su Hijo, es decir la Palabra eterna que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, la Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, habla palabras de Dios, y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (*Dei Verbum*, 4).

Este impulso, en gran parte se lo debemos como dice la *Verbum Domini*, a la Constitución dogmática *Dei Verbum* que ha revalorizado la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, la reflexión teológica sobre la divina revelación y el estudio de la Sagrada Escritura, ya que Dios revela sus grandes misterios al hombre en su Hijo Jesucristo. Dios quiso, “revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los

hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen partícipes de la naturaleza divina” (*Dei Verbum*, 2).

Como ya se había dicho más arriba, “la novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros” (VD, 6). Revela todo lo que Él es: por eso “Jesús se alegra de que las gentes más sencillas escuchen ahora la revelación del Padre (Pagola, 2008, 306), para que de esta manera puedan tener una relación más cercana y de amistad, ya que “la revelación se realiza con palabras y gestos” (*Dei Verbum*, 2)⁶.

Ante esta revelación, la fe nos lleva a comprender al Eterno que se hace hombre temporal, vivo, real en medio de nosotros: “la fe pretende ser revelación, ya que parece superar el abismo que yace entre lo eterno y lo temporal, entre lo visible y lo invisible, y porque a Dios nos lo presenta como un hombre, al eterno como temporal, como uno de nosotros. Funda su pretensión de ser revelación en que ha introducido lo eterno en nuestro mundo” (Ratzinger, 1971, 35). Introduce al hombre en el campo de lo desconocido, de lo incierto, de lo inalcanzable para muchos antiguos que murieron desearon ver el rostro de Dios. En cambio nosotros, los amigos de Jesús de Nazaret, como lo dice la carta a los Romanos, estamos llamados a acoger la revelación de Dios con la obediencia de la fe:

Por lo que el hombre se confía libre y totalmente a Dios presentando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asistiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, Abre los ojos de la mente y da a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad (*Dei Verbum*, 5).

⁶ Es explícita la alusión explícita a esta revelación de Dios que podemos encontrar en el prólogo de San Juan: el Logos existe desde siempre, y él mismo es Dios, y vino a los hombres para hacer su morada en ellos (Jn 1, 1ss).

En este encuentro revelador no solamente intervienen Dios y el hombre sino se hace toda la creación partícipe del evento de Cristo: “si bien es cierto que en el centro de la revelación divina está el evento de Cristo, hay que reconocer también que la misma creación, el *liber naturae*, forma parte esencialmente de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el único Verbo” (VD, 7b). No es un acontecimiento aislado de la realidad, sino anclado en la misma creación e historia del hombre.

El Hijo de Dios encarnado y revelado en el tiempo y el espacio sale al encuentro del hombre para transmitirle, darle a conocer y realizar en su perfecta humanidad “la voluntad del Padre en cada momento; él conoce al Padre y cumple su palabra (cf. Jn 8, 55); nos cuenta las cosas del Padre (cf. Jn 12, 50): les he comunicado las palabras que tú me diste (Jn 17, 8)” (VD, 12). Ya en otros momentos Ratzinger y Rahner habían dicho que:

La realidad que acontece en la revelación cristiana no es otra, ni otro, que Cristo mismo. Él es en sentido propio, la revelación. ‘el que me ve a mí, ve al Padre’, dice el mismo Juan (14,9). Según eso cabe decir que recibir la revelación vale tanto como estar en la realidad de Cristo, de lo que resulta aquel doble estadio que Pablo describe alternativamente con las palabras: ‘Cristo en nosotros’ y ‘nosotros en Cristo’ (2005, 42).

Es aquí donde el cristiano conoce más a fondo al Padre a través de Jesucristo y donde su vida la comienza a construir y a dirigir a la par con aquello que Jesús reveló en su vida terrena. Seguramente hoy en día uno de los mayores riesgos que corre el cristiano es el de construir una “fe” sin tener como referencia a Cristo, o aún más, sin llegar a tener un encuentro verdadero con Él. Ya, lo dice el P. Cadavid en uno de sus artículos:

Si bien es cierto que no existe una palabra bíblica para designar la revelación, sin lugar a dudas que la categoría ‘encuentro’ es hoy reconocida por la teología como una dimensión esencial y decisiva de la revelación cristiana. Sin la intelección de la revelación como ‘encuentro’ no se podría alcanzar una adecuada comprensión de la

misma, ya que ella está presente en la entraña misma del pensamiento bíblico (En: Medellín, No. 82, 319)

En este encuentro con la Palabra revelada se llega a comprender y a percibir la grandeza del Dios que se abaja, la kenosis de Dios, y “en la escucha de esta Palabra, la revelación bíblica nos lleva a reconocer que ella es el fundamento de toda la realidad” (VD, 8). Realidad, a la cual el hombre se va acercando por la fe o, con palabras de López Vergara (2004): “El contenido de la fe constituye una respuesta al problema de la vida. El hombre no puede descubrir por sí mismo el sentido último de su existencia... Dios, mediante su revelación, interpela al hombre y le invita para que libremente asuma y viva la obediencia de la fe” (Pag, 68).

Dicho de esta manera, la vida cristiana está determinada por el encuentro con la persona de Jesucristo que se convierte en dimensión esencial y decisiva de la vida del creyente. En la antigüedad y en la fe apostólica ya se decía que “la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros” (VD, 11): estas expresiones que van mostrando la revelación del Hijo de Dios hacen posible que se tenga un referente, Jesús de Nazaret, para construir una fe sólida con su profundo sentido cristiano.

Esta experiencia de fe que se va construyendo debe llevar al cristiano a que tenga un cambio de vida, de comportamiento, de mirada diferente al mundo y a sus hermanos. Es Dios mismo quien viene al encuentro y la Iglesia es consciente de su tarea de transmitir todas aquellas verdades reveladas:

La Iglesia sabe, por revelación de Dios y por la experiencia humana de la fe, que Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza. Son las inquietudes que están arraigadas en el corazón de toda persona y que laten en lo más humano de la cultura de los pueblos. Por eso, todo signo auténtico de verdad,

bien y belleza en la aventura humana viene de Dios y clama por Dios (Aparecida, 380)

El cristiano no está solo, sino que en la Iglesia y para la Iglesia su vida se va transformando y va adquiriendo un nuevo sentido. Por esto se exige que:

La comunidad y cada cristiano sean libres y liberadores; el seguimiento de Jesucristo es *sequela libertatis*. Una Iglesia libre significa ante todo, en un plano análogo a aquel que en la persona se realiza en la opción fundamental, una comunidad que vive en la obediencia radical a la palabra de Dios; su fuerza y su riqueza consisten en la entrega incondicional a su Señor. (Forte, 1983, 246)

Es así, como en el encuentro con Jesucristo, el hombre acoge la revelación y se va abriendo a diferentes espacios, para comunicar y transmitir su experiencia de fe a toda la comunidad. Es el caso de San Pablo, en el camino hacia Damasco: su vida sufre un cambio drástico en el encuentro revelador con Jesucristo, él “tiene conciencia de que se le está revelando el misterio que se encierra en Jesús. Lo que está viviendo es «la revelación de Jesucristo»”. (Pagola, 2008, 424). Y ante esto, su vida cobra un nuevo sentido.

Cristo palabra liberadora que salva en el encuentro

El cristiano experimenta en todos estos misterios y acontecimientos la cercanía de Dios y en su muerte y resurrección todo el “contenido liberador de la revelación pascual” (VD, 13), es decir, que su vida no está amarrada, anclada en algo estático sino que lo lleva a sentirse y ser libre, a ver y a plantearse una misión en su vida de fe como creyente.

Por eso, en Jesucristo el misterio pascual se comprende como “su más íntimo cumplimiento” (VD, 13): “la misión de Jesús se cumple finalmente en el misterio pascual”

(VD, 12), muriendo por nuestros pecados, dando libertad al hombre, librándolo del yugo de la muerte y de la opresión, somos invitados a participar de una nueva vida. De ahí, que “en la participación en el misterio pascual de Jesucristo, quien por el Espíritu Santo nos hace pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda” (Aparecida, 17), el hombre cristiano asume su misión de ser anunciador de un mensaje liberador.

Todo esto constituye para él y para los demás un reto ante la misma sociedad en la que cada vez pareciera que se vulnera la libertad y se ponen obstáculos para el desarrollo de los hombres, pero en la que se pueden hacer grandes aportes, desde el ámbito de la fe, para hacer posible la construcción de una sociedad más justa y libre.

La resurrección en la vida cristiana

El encuentro revelador con Jesucristo cobra sentido por la liberación del hombre que se da gracias a la resurrección, es decir, con un acontecimiento totalmente nuevo en la experiencia cristiana del hombre:

Sólo si Jesús ha resucitado ha sucedido algo verdaderamente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre. Entonces Él, Jesús, se convierte en criterio del que podemos fiarnos. Pues, ahora, Dios se ha manifestado verdaderamente (Ratzinger, 2011, 282).

Así lo comprende San Pablo en sus escritos cuando atribuye a la resurrección una dimensión soteriológica, es decir, de salvación:

Pablo también concibe la resurrección con un efecto positivo respecto al hombre. Es decir, le atribuye una dimensión soteriológica. Aparece así casi en todos los textos, a excepción de Gal 1, 1; 1 Cor 15, 4 y Flp 2, 9,

lugares de tradición prepaulina. Lo más característico de Pablo es subrayar la relación entre la resurrección y Cristo resucitado por un lado y el hombre por otro (Pastor-Ramos, 1991, 75).

El punto de referencia en este encuentro de salvación es la exaltación de la vida de Cristo, en la cual todos nosotros somos partícipes de la resurrección y la glorificación del Señor: “*Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros por su poder*” (1Cor 6, 14). Así lo ha confesado la Iglesia desde siempre, a todas las generaciones: que Él, « con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación» (VD 3).

En el encuentro con el resucitado, el hombre, presente, debe comprender, como ya se ha mencionado antes, que se han roto “las cadenas para asumir un nuevo tipo de vida totalmente nuevo” (Ratzinger, 2011, 284). Por eso, la resurrección no es un acontecimiento del pasado sino un abrirse al futuro, para darle nuevo sentido al ser cristiano y al puesto que el hombre ocupa en la Iglesia.

Esta liberación que acontece en la experiencia pascual⁷, no consiste en sentirse santo y tomar una actitud de relajamiento ante los acontecimientos de la vida y ante el universo de la fe: exige por el contrario de parte del cristiano un compromiso mucho más radical, para consigo mismo, para con la comunidad o Iglesia donde se encuentra. De esta esta experiencia pascual hay que decir que es:

... una experiencia transformante: en ella se funda la misión, que se extenderá hasta los confines extremos de la tierra. El encuentro con el resucitado transforma a los discípulos, que eran fugitivos temerosos, y los convierte en testigos valientes del mismo resucitado, que les

⁷ Ratzinger en su libro *Introducción al cristianismo*, muestra cómo esta experiencia pascual del encuentro con Cristo se vive en la liturgia: “la liturgia se funda en el misterio pascual; hay que comprenderla como acercamiento del Señor a nosotros, que se convierte en nuestro compañero de viaje, que nos abraza el corazón endurecido y que nos abre los ojos nublados” (1971, p270).

invita: ‘Id a todo el mundo, predicad el evangelio a toda creatura’ (Mc 16, 15) (Forte, 2004, 101).

La resurrección del Señor permite establecer un encuentro del hombre con Cristo más cercano, vivo y eficaz, lo lleva a que la relación de amistad sea posible: “si yo acepto que Él vive ahora y puedo acceder a Él, pues su vida llega a mí, la comunicación es posible” (Pastor-Ramos, 1991, 93).

La vida cristiana asume en la resurrección, una nueva forma de actuar frente a Dios y a las cosas del mundo. Cristo ha vencido las cadenas de la muerte y le ha dado la capacidad de vivir como hijo de la luz al hombre que antes estaba sumergido en el fango del pecado. Ahora lo hace libre, victorioso para que asuma una nueva vida. “Cristo, Palabra de Dios encarnada, crucificada y resucitada, es Señor de todas las cosas; él es el Vencedor, el Pantocrátor, y ha recapitulado en sí para siempre todas las cosas (cf. Ef 1,10). Cristo, por tanto, es « la luz del mundo » (Jn 8,12), la luz que « brilla en la tiniebla » (Jn 1,54) y que la tiniebla no ha derrotado (cf. Jn 1,5)” (VD, 12e).

Es así como le vamos dando sentido a la vida cristiana, nos vamos sintiendo resucitados junto con Jesucristo, fortalecidos para transmitir esta bella experiencia de encuentro con el resucitado. Ante esto, Forte (2004) plantea que “La revelación que se ha cumplido en la resurrección del Señor Jesús llama así a los discípulos a dar razón de la esperanza que ellos tienen, con dulzura y respeto hacia todos.” (pag. 104).

La liberación en la vida cristiana

En el encuentro con el resucitado y en su acción transformadora, el hombre se hace “consciente de que en Cristo se ha revelado realmente la salvación de todos los pueblos, la liberación de la esclavitud del pecado para entrar en la libertad de los hijos de Dios” (VD, 91). De ahí que su permanencia en Dios se hace cada vez más íntima y el hombre

experimenta lo que esto significa, no por el hecho de estar confiado solamente en sí mismo y en sus propias fuerzas, sino en Dios:

Cada día nos damos más cuenta de que la aparente liberación del amor en la supra-valoración del instinto es entregar al hombre a los poderes independientes del sexo y del eros, a la esclavitud despiadada de la que quería liberarse. Si el hombre huye de Dios, le persiguen los dioses hasta alcanzarle; su liberación sólo tiene lugar cuando se deja libertad y cuando cesa de abandonarse a sí mismo (Ratzinger, 1971, 86).

La vida del cristiano no se construye sola sino que se hace en el encuentro con Dios y con los hermanos, en su buena disposición en aceptar las exigencias que la misma vida⁸ le plantea. “La profundidad del encuentro está supeditada a la apertura libre del hombre, a su buena disposición en aceptar a ese Dios que demanda una transformación total, es decir, una nueva y completa forma de ver las cosas” (López, 2004, 82).

En la vida de Iglesia, el hombre se hace partícipe de la misión salvadora de esta misma Iglesia precisamente con su testimonio,⁹ al ver y comprender las cosas de una manera diferente. Ya en la predicación de Jesús se deja ver cómo la liberación del hombre no solamente lo lleva a una conversión sino también le permite salir del legalismo y autoritarismo en el que se puede encontrar inmerso:

La predicación de Jesús sobre el reino de Dios no se dirige sólo a las personas exigiéndoles conversión. Se dirige también al mundo de las personas como liberación del legalismo, de las convenciones sin

⁸ Este detalle en la vida de Jesús está siempre presente: “Sencillamente, desde su experiencia del reino de Dios comienza a actuar con libertad total” PAGOLA, J. A. (2008). *Jesús aproximación histórica*. Madrid: PPC. Pag. 217.

⁹ Las Escrituras se nos presentan precisamente por un proceso testimonial, en donde Dios escoge a determinadas personas para que den testimonio de la verdad: en el Antiguo Testamento profetas como Amós (Am 3, 7), en el Nuevo, profetas como Juan el Bautista, el intrépido profeta del desierto (Jn 1, 32-34). El mismo Jesús dará testimonio de su Padre (Jn 15, 15).

fundamento, del autoritarismo y de las fuerzas y potencias que subyugan al hombre (Boff, 1981, 103).

Por tanto, la Iglesia está llamada a ofrecer al hombre de hoy todos los espacios necesarios para que éste viva su fe y participe de la liberación de la que su mismo fundador le hizo partícipe. El mensaje anunciado no es de leyes sino de evangelio y de amor:

Jesús devolvió al hombre a si mismo superando profundas alienaciones que se habían incrustado en él y en su historia; en las cuestiones importantes de la vida nada puede sustituir al hombre, ni la ley, ni las tradiciones, ni la religión. Él debe decidirse de dentro hacia fuera, frente a Dios y frente al otro. Para ello necesita creatividad y libertad. (Ibid, 108).

Pero nos podríamos preguntar, ante esta propuesta liberadora de Jesús y que la Iglesia ha continuado a través de los tiempos: ¿fue Jesús un hombre libre? La respuesta la encontramos después de muchos debates y controversias en la afirmación del concilio III de Constantinopla, en el año 681, cuando se condenó a los monotelitas que afirmaban la existencia de una voluntad única en Jesucristo. El concilio afirmó que Jesús está dotado de voluntad y de libertad humana¹⁰. Por eso podemos decir que Jesús nos liberó, ya que él mismo es un ser humano libre.

Y los hombres, aún con sus limitaciones, deben comprender y dirigir sus pasos por el camino que corresponde a su vida de fe:

... la opción fundamental es adecuada al deseo natural de realización de sí y si las opciones sucesivas determinadas son fieles a esta opción, el camino de la libertad se configura como un camino de liberación, un liberarse de lo que hace menos al hombre en orden a lo que realiza y promueve. De otra manera se colocará

¹⁰ La doctrina de la libertad humana de Cristo, definida así por el Magisterio de la Iglesia, se puede comprobar en el Denzinger N° 553-559.

bajo el signo de la alienación de sí por sí (Forte, 1983, 222).

La vida cristiana del hombre está guiada por el encuentro con Jesucristo que es determinante en su vida de fe, pero también, como ya lo hemos mencionado antes, es decisiva su respuesta y su compromiso ante este acontecimiento que cambia, transforma y vivifica su existencia. La Iglesia, entendida como todos los miembros bautizados cuya cabeza es Cristo (*Lumen Gentium*, 7), se convierte en el mejor ámbito para sentirse libre y ser libre, en el anuncio del reino de Dios.

El seguimiento en la vida cristiana

La vida cristiana marcada por el encuentro con Jesucristo debe llevar a que el hombre haga una opción fundamental en su vida, opción que se traduce en seguimiento de Aquel que se ha encarnado y revelado. Ya “Juan, a quien la tradición señala como el «discípulo úl que Jesús amaba» (Jn 13,23; 20,2; 21,7.20), sacó de su experiencia personal de encuentro y seguimiento de Cristo una certeza interior: Jesús es la Sabiduría de Dios encarnada, su Palabra eterna que se ha hecho hombre mortal” (VD, 5). Este acontecimiento, nos muestra, como ya se ha dicho, que “Jesús es la revelación de Dios porque en él Dios se ha encarnado... En Jesús Dios se ha dado a conocer” (Castillo, 2009, 348). Más aún, Forte (2004) muestra que, después de la experiencia pascual, el encuentro con el resucitado es tan impactante que los discípulos dejan el miedo y el temor y salen a anunciar el Reino de Dios:

El encuentro con el resucitado transforma a los discípulos, que eran fugitivos temerosos, y los convierte en testigos valientes del mismo resucitado que les invita: “id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda creatura” (Mc 16, 15). Así anuncian de él, con gran fuerza expansiva, “que Dios lo ha resucitado de la muerte; y de esto somos nosotros testigos” (Hch 13, 15) (pag. 101).

Como testigo de estos acontecimientos, el hombre se dispone con un corazón lleno de gozo, sin ataduras ni apegos terrenales, a seguir e imitar la vida de Jesús, a dar testimonio con su propia vida de la vida de Cristo a los demás hombres, como ya nos lo decía el Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*¹¹ (No.44): con espiritualidad de comunión conducir a los demás hermanos al encuentro con Jesucristo vivo.

Esto implica que, fruto del encuentro con Cristo, se haga una opción fundamental por él. Una entrega que superará los mismos límites del hombre:

Jesús exige un seguimiento llevado hasta las últimas consecuencias. La puerta que lleva a su Reino no es ancha ni “equilibrada”, sino estrecha (Mt 7, 13). Los que le siguen deben estar dispuestos a no tener dónde reclinar su cabeza, deben romper con los compromisos mundanos, y una vez en marcha no deben siquiera mirar atrás (Lc 9, 57-62). Toda ganancia temporal no aprovecha de nada si nos separa de Él (Mt 26, 25-26) (Galilea, 2006, 85).

Es un compromiso del cristiano y de la Iglesia en el anuncio del Reino de Dios, llevar una vida cristiana sencilla, humilde, sin pretensiones, pero capaz de conducir a todos al encuentro con Cristo, aún a riesgo de perder la propia vida. “La Iglesia ha de ir hacia todos con la fuerza del Espíritu (cf. 1 Co 2,5), y seguir defendiendo proféticamente el derecho y la libertad de las personas de escuchar la Palabra de Dios, buscando los medios más eficaces para proclamarla, incluso con riesgo de sufrir persecución” (VD, 95).

Así pues, debe quedar claro que “la vida cristiana se caracteriza esencialmente por el encuentro con Jesucristo que nos llama a seguirlo” (VD, 72), con radicalidad, con disposición, con generosidad, en fin, con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestra mente (Dt 6,4).

¹¹ La Exhortación Apostólica de Juan Pablo II, al cumplirse quinientos años de la evangelización en América Latina, tiene como tema de fondo: el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América.

CONCLUSIÓN

En la vivencia de la fe y en la participación activa y consciente del cristiano en la Iglesia se hace necesario que éste comprenda y haga suyo el encuentro con Jesucristo que se encarna y se revela en la historia para darse a conocer y a la vez conocer mejor al hombre. De este encuentro depende la respuesta y el seguimiento verdadero y sincero que el hombre hace de Dios.

Cuando Benedicto XVI habla de la relación del hombre con Dios, busca destacar precisamente cómo el cristianismo no es doctrina, leyes, dogmas, sino que va más allá, a una vivencia del encuentro con la persona de Cristo, que lo lleva a comprender su vida desde Dios. Ya que, como se ha recordado, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (VD, 11b).

Esto se da desde los rasgos antropológicos que se ha querido recordar, al hablar del diálogo, de la Palabra y del encuentro, lo que permite mostrar que el cristiano, al encarnar en su vida los misterios salvíficos revelados por Dios en Jesús, tiene la fundamentación necesario para vivir con una actitud más profunda los acontecimientos del presente y para orientar con auténtica libertad su vida.

Así como manifiesta Dios su Palabra en su Hijo, el “Logos hecho carne” (Jn 1, 14), para entrar en contacto con él, así se muestra también al otro el hombre desde el Logos que hace presente todas las realidades del Padre, ya que ha estado junto a él desde todos los siglos. Este “logos indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: la palabra estaba junto a Dios, la palabra era Dios” (VD, 7).

En la encarnación este Logos muestra todo su ser como donación para el hombre lo que le permite relacionarse con Él y, ante el misterio que contempla, encontrará la manera

de darle un nuevo sentido a su vida. En esta relación de amor y donación es donde el cristiano construye su vida de cara a Dios y a lo que Él le ofrece. Ella le da una nueva perspectiva para saber dirigir sus pasos. A partir de este encuentro “se produce en el corazón de los creyentes una relación de asombro ante la iniciativa divina que el hombre, con su propia capacidad racional y su imaginación, nunca habría podido inventar” (VD 11b), que lo lleva a descubrir nuevos horizontes en su peregrinar. En la oración hombre podrá realizar esa forma perfecta de comunicación que le permitirá saciar su sed de Dios, no como una obligación o un ritualismo de cumplimiento sino como lo hacía y lo sentía Jesús cada vez que se encontraba con el Padre, como ya se ha dicho, de acuerdo con las palabras de Pagola:

(Él) busca personalmente el encuentro íntimo y silencioso con su Padre. Esta experiencia, repetida y siempre nueva, no es una obligación añadida a su trabajo diario. Es el encuentro que anhela su corazón de Hijo, la fuente de la que necesita beber para alimentar su ser (2008, 313).

En este encuentro de diálogo e intimidad, el Dios revelado en Jesús muestra la novedad de la revelación bíblica, la cual consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros los hombres (cf. VD, 6). Revelando todo lo que él es, comparte todo su ser, su misterio con el hombre.

Es aquí donde el cristiano conoce más a fondo al Padre a través de Jesucristo y comienza a descubrir el sentido más profundo de todas las realidades terrenas, igual que el Hijo lo realizó en su vida terrena. Hoy en día, uno de los mayores riesgos que corre el cristiano, es construir una “fe” sin tener como referencia a Cristo, o aún más, sin llegar a tener un encuentro verdadero con Él. Encuentro que se da en la libertad, sin coacción de ninguna clase, sino como donación totalmente gratuita. “En este gran misterio, Jesús se manifiesta como la Palabra de la Nueva y Eterna Alianza: la libertad de Dios y la libertad del hombre se encuentran definitivamente en su carne crucificada, en un pacto indisoluble, válido para siempre” (VD, 12c), despertando en el cristiano un impulso casi “sobrenatural”

de seguir a la Palabra, al Verbo encarnado, de una manera totalmente comprometida con el anuncio del Reino de Dios y en la construcción de la Iglesia que Cristo quiso, sencilla, humilde, compasiva y abierta para todos y todas, sin ver la viga en el ojo ajeno, sino la buena voluntad del alma del hombre.

Por eso la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* muestra no solamente la importancia de la Palabra de Dios en la vida del Hombre y de la Iglesia, sino también la importancia del encuentro de Dios con el Hombre ya que “la vida cristiana se caracteriza esencialmente por el encuentro con Jesucristo que nos llama a seguirlo” (VD, 72).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BENEDICTO XVI. (2006). Carta Encíclica *Deus Caritas Est*. Bogotá: Paulinas.
- _____. (2010). Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*. Bogotá: San Pablo.
- BOFF, L. (1981). *Jesucristo y la Liberación del Hombre*. Madrid: Cristiandad.
- CADAVID DUQUE, A. (2007). “La Cristología en el Documento de Aparecida. Un Camino desde Medellín a Aparecida”, En: *Medellín*, Vol 34, No.82, pp. 309-331.
- CASTILLO, J. M. (2009). *La humanización de Dios*. Madrid: Trotta.
- V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. *Documento Conclusivo* (Aparecida, 31.05.2007).
- CONCILIO VATICANO II. (1965). Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación. Madrid: BAC, 1966.
- FORTE, B. (1983 2ª. Ed.). *Jesús de Nazaret, Historia de Dios, Dios de la Historia*. Madrid: Paulinas.
- _____. (2004). *Siguiéndote a Tí, Luz de la Vida*. Salamanca: Sígueme.
- GALILEA, S. (2006). *El seguimiento de Cristo*. Bogotá: San Pablo.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. (1998). *La Entraña del Cristianismo*. Salamanca: Secretariado Trinitario.
- LOPEZ VERGARA, J. (2004). *La Fe como Respuesta a un Encuentro Permanente con Cristo*. Guadalajara: SE.
- JUAN PABLO II. (1999). Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in America*. Santa Fé de Bogotá: Paulinas.

PAGOLA, J. A. (2008 3ª Ed.). *Jesús aproximación histórica*. Madrid: PPC.7.

PASTOR-RAMOS, F. (1991). *La Salvación del Hombre en la Muerte y Resurrección de Cristo. Ensayo de Teología Paulina*. Navarra: Verbo Divino.

RATZINGER, J. (2007). *Jesús de Nazaret*. Colombia: Planeta.

_____. (2011). *Jesús de Nazaret*. Madrid: Encuentro. Vol. 2.

_____. (1971 2ª Ed.). *Introducción al Cristianismo*. Salamanca: Sígueme.

RAHNER, K. y RATZINGER, J. (2005). *Revelación y Tradición*. Barcelona: Herder.